



EDITORIAL

La increíble vida de Walter Mitty o *The secret life of Walter Mitty*, libro publicado en la década de los años treinta en Estados Unidos y llevado al cine por David Swayze y producida por 20th Century Fox en 2013 cuenta la historia del técnico (Ben Stiller) de revelado y fotografía de la revista *Life*, quien siempre había vivido su vida en el cuarto oscuro entre rollos y mercurio y que sufría de ensoñaciones todo el tiempo, alimentadas por las imágenes de un corresponsal (Sean Penn) de la revista, quien en su vida de reportero gráfico había recorrido todos los paisajes posibles del mundo transmitiendo la emoción de la experiencia de un estar allí. El drama para el técnico inicia con el cambio de la revista a su versión digital, pues su oficio de especialista en revelado a los ojos del nuevo consorcio que administra pasa a ser un trabajo obsoleto.

Este drama se suma a la pérdida de un negativo, por el cual él decide buscar por todo el mundo al reportero, viviendo en carne propia las experiencias soñadas, mientras a través de toda la película dialoga con un *community manager* que administra un portal web para buscar pareja y a quien le preocupa que debe construir un perfil para que Walter se vea como una persona interesante. Quizá esta producción cinematográfica desde un plano *light* y comercial sitúa un problema más profundo que viene viviendo la sociedad contemporánea. La transición tecnológica de los dispositivos de comunicación, no solo los instrumentales, sino también los institucionales, con los cuales se han agenciado las relaciones sociales y que reflejan, a su vez, esta serie de relaciones entre las tramas ficcionales y el sentido común. Las consignas de la web a principios de siglo planteaban una cercanía del mundo a un clic. En la actualidad, se puede constatar, como lo hace el personaje central de la película, que una cosa es la transferencia de la experiencia desde la vivencia medial y otra es la experiencia propia frente a la vivencia.

En este sentido, vivencia y experiencia son diferentes, se construyen con otros elementos y nos dejan otras conjeturas que van de la mano con el papel que desempeñan los medios en la instalación de ese todo ficcional que se experimenta de forma natural. A finales del siglo XX, décadas de avances tecnológicos habían fijado una era de lo eléctrico y lo electrónico, al decir de Marshall McLuhan; hoy las tramas definen los diálogos de este cambio a veces encerrando el problema en la transferencia tecnológica instrumental, dejando de lado el problema de la ficción como el hecho social y sustancial que alimenta los dispositivos. ¿Dónde queda la crítica y la observación analítica de los procesos en los medios digitales? ¿Ya una ausencia de la crítica estaba instalándose en el mundo impreso? ¿Cuál es el papel que desempeñan los actores que se enuncian y producen ficción medial con la cual se viste "lo real"? Este número invita a leer desde diferentes perspectivas cómo la comunicación deviene en reflexiones sobre sus actores, los medios y las disposiciones en el análisis y la crítica, tanto de los tejidos ficcionales como de los contextos donde fluctúan, para finalizar con reseñas que traen al diálogo textos que orientan sobre prácticas de resistencia que devienen en la subversión desde la rebeldía y desde la cultura como agencia de vida ante el conflicto.